

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN <u>www.elejandria.com</u>, tu sitio web de obras de dominio público ¡Esperamos que lo disfrutéis!

Los gatos de Ulthar

H. P. LOVECRAFT

Publicado: 1920

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

Esta edición del relato corto Los gatos de Ulthar ha sido traducida al castellano por Elejandría desde su publicación original en inglés de noviembre de 1920 de la revista de prensa amateur *Tryout* y disponible en en.wikisource.org.

Se dice que en Ulthar, que se encuentra más allá del río Skai, ningún hombre puede matar a un gato; y esto puedo creerlo realmente mientras contemplo al que se sienta ronroneando ante el fuego. Porque el gato es críptico, y está cercano a las cosas extrañas que los hombres no pueden ver. Es el alma del antiguo Egipto, y portador de historias de ciudades olvidadas en Meroe y Ophir. Es el pariente de los señores de la selva y el heredero de los secretos de la vieja y siniestra África. La Esfinge es su prima, y él habla su idioma; pero él es más antiguo que la Esfinge, y recuerda lo que ella ha olvidado.

En Ulthar, antes de que los burgueses prohibieran la matanza de gatos, vivían un viejo aldeano y su esposa que se deleitaban en atrapar y matar a los gatos de sus vecinos. No sé por qué lo hacían, salvo que muchos odian la voz del gato en la noche, y les parece mal que los gatos corran sigilosamente por los patios y jardines en el crepúsculo. Pero sea cual fuere la razón, este anciano y esta mujer se complacían en atrapar y matar a todos los gatos que se acercaban a su casucha; y por algunos de los sonidos que se oían al anochecer, muchos aldeanos creían que la forma de matarlos era muy peculiar. Pero los aldeanos no hablaban de estas cosas con el anciano y su esposa, debido a la expresión habitual en los rostros marchitos de ambos, y a que su cabaña era tan pequeña y estaba tan oscuramente escondida bajo los robles que se extendían al fondo de un jardín descuidado. En realidad, por mucho que los dueños de los gatos odiaran a estas extrañas personas, les temían más; y en lugar de reprenderlos como brutales asesinos, se limitaban a cuidar de que ninguna mascota o ratoncito querido se alejara hacia la remota casucha bajo los oscuros árboles. Cuando, por un descuido inevitable, se perdía un gato y se oían ruidos al anochecer, el perdedor se lamentaba impotente, o se consolaba agradeciendo al destino que no fuera uno de sus hijos el que se hubiera esfumado. Porque la gente de Ulthar era sencilla y no sabía de dónde venían los gatos.

Un día, una caravana de extraños vagabundos procedentes del Sur entró en las estrechas calles empedradas de Ulthar. Eran vagabundos oscuros, y a diferencia de los demás vagabundos que pasaban por la aldea dos veces al año. En la plaza del mercado, se dedicaban a adivinar la suerte a cambio de plata y a comprar alegres abalorios a los mercaderes. Nadie podía decir cuál era la tierra de estos vagabundos; pero se vio que eran aficionados a extrañas oraciones, y que habían pintado en los costados de sus carros extrañas

figuras con cuerpos humanos y cabezas de gatos, halcones, carneros y leones. Y el jefe de la caravana llevaba un tocado con dos cuernos y un curioso disco entre los cuernos.

En esta singular caravana había un niño pequeño que no tenía padre ni madre, sino sólo un diminuto gatito negro al que cuidar. La peste no había sido benévola con él, pero le había dejado esta pequeña cosa peluda para mitigar su pena; y cuando uno es muy joven, puede encontrar un gran alivio en las animadas travesuras de un gatito negro. Así que el niño al que los oscuros llamaban Menes sonreía más a menudo de lo que lloraba mientras se sentaba a jugar con su gracioso gatito en los escalones de un carro extrañamente pintado.

A la tercera mañana de la estancia de los vagabundos en Ulthar, Menes no pudo encontrar a su gatito; y mientras sollozaba en voz alta en la plaza del mercado, algunos aldeanos le hablaron del anciano y de su esposa, y de los sonidos que se oían por la noche. Y cuando escuchó estas cosas, sus sollozos dieron paso a la meditación, y finalmente a la oración. Extendió los brazos hacia el sol y rezó en una lengua que ningún aldeano podía entender; aunque, en realidad, los aldeanos no se esforzaban por entender, ya que su atención estaba ocupada principalmente por el cielo y las extrañas formas que adoptaban las nubes. Era muy peculiar, pero mientras el niño pronunciaba su petición parecían formarse sobre su cabeza las figuras sombrías y nebulosas de cosas exóticas; de criaturas híbridas coronadas con discos flanqueados por cuernos. La naturaleza está llena de tales ilusiones para impresionar al que tiene imaginación.

Aquella noche los vagabundos abandonaron Ulthar y nunca más se les volvió a ver. Y los dueños de casa se preocuparon cuando notaron que en toda la aldea no había ni un gato. De cada hogar había desaparecido el gato familiar; gatos grandes y pequeños, negros, grises, rayados, amarillos y blancos. El viejo Kranon, el burgomaestre, juró que la gente oscura se había llevado los gatos en venganza por la muerte del gatito de Menes; y maldijo a la caravana y al niño. Pero Nith, el flaco notario, declaró que el viejo aldeano y su esposa eran las personas más propensas a la sospecha, pues su odio a los gatos era notorio y cada vez más atrevido. Aun así, nadie se atrevió a quejarse a la siniestra pareja; ni siquiera cuando el pequeño Atal, hijo del posadero, juró haber visto en el crepúsculo a todos los gatos de Ulthar en aquel patio maldito bajo los árboles, paseándose muy lenta y solemne-

mente en círculo alrededor de la cabaña, de dos en dos, como si se tratara del cumplimiento de algún rito inaudito de las bestias. Los aldeanos no sabían cuánto creer de un muchacho tan pequeño; y aunque temían que la malvada pareja hubiera encantado a los gatos hasta la muerte, prefirieron no reprender al viejo aldeano hasta encontrarlo fuera de su oscuro y repelente jardín.

Así que Ulthar se fue a dormir en vano, y cuando la gente se despertó al amanecer, ¡he aquí que todos los gatos estaban de vuelta en su hogar habitual! Grandes y pequeños, negros, grises, rayados, amarillos y blancos, no faltaba ninguno. Los gatos parecían muy lisos y gordos, y sonaban con un ronroneo de satisfacción. Los ciudadanos hablaron entre sí del asunto y se maravillaron no poco. El viejo Kranon volvió a insistir en que había sido la gente oscura la que se los había llevado, ya que los gatos no regresaban vivos de la cabaña del anciano y su esposa. Pero todos estaban de acuerdo en una cosa: que la negativa de todos los gatos a comer sus raciones de carne o a beber sus platillos de leche era sumamente curiosa. Y durante dos días enteros los elegantes y perezosos gatos de Ulthar no tocaron ningún alimento, sino que se limitaron a dormitar junto al fuego o al sol.

Pasó toda una semana antes de que los aldeanos se dieran cuenta de que no se veían luces al anochecer en las ventanas de la cabaña bajo los árboles. Entonces, el flaco Nith comentó que nadie había visto al anciano ni a su esposa desde la noche en que los gatos estaban fuera. Al cabo de una semana, el burgomaestre decidió superar sus temores y llamar a la morada extrañamente silenciosa por obligación, aunque al hacerlo tuvo la precaución de llevar consigo a Shang el herrero y a Thul el cortador de piedra como testigos. Y cuando derribaron la frágil puerta sólo encontraron esto: dos esqueletos humanos limpiamente recogidos en el suelo de tierra, y un número de singulares escarabajos arrastrándose por los rincones más sombríos.

Posteriormente, los burgueses de Ulthar hablaron mucho. Zath, el forense, discutió largamente con Nith, el magro notario; y Kranon y Shang y Thul se vieron abrumados por las preguntas. Incluso el pequeño Atal, el hijo del posadero, fue interrogado de cerca y recibió un dulce como recompensa. Hablaron del viejo posadero y de su esposa, de la caravana de oscuros vagabundos, del pequeño Menes y de su gatito negro, de la oración de Menes y del cielo durante esa oración, de las acciones de los gatos la noche

en que partió la caravana, y de lo que se encontró después en la cabaña bajo los oscuros árboles del patio repelente.

Y al final los burgueses aprobaron esa notable ley de la que hablan los comerciantes en Hatheg y de la que hablan los viajeros en Nir; a saber, que en Ulthar ningún hombre puede matar a un gato.

GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB